

# Lectores y lecturas en *La Edad de Oro* (1889) de José Martí<sup>1</sup>

Readers and readings in *La Edad de Oro* (1889) by José Martí

CLARA MARÍA AVILÉS

(Argentina)

avilesclaram@gmail.com

Recibido: 02/08/2019

Aceptado: 06/10/2019

**Resumen:** El presente artículo ofrece una reflexión en torno al concepto de *lectura* que José Martí expone en la revista *La Edad de Oro* (1889). Para ello, recuperaremos la propuesta barthesiana acerca de los conceptos de *lector* y *lectura*, presentes en un breve corpus de artículos del semiólogo francés. En la revista supuestamente infantil, el narrador se presenta como productor de sentido en dos niveles. El primero versa sobre la propuesta de categoría de lector novedosa hasta ese momento, “los niños y niñas de América”. El segundo contempla la narración en primera persona en la crónica dedicada a la Exposición Universal de París de 1889, texto central del tercer número de la revista y lugar que, contrariamente a lo que el lector común pensaría, el escritor no visitó más que a partir de la lectura de otros textos de quienes sí viajaron y la recorrieron en persona.

**Palabras claves:** *La Edad de Oro*, José Martí, Lectores, Lectura, Revista.

**Abstract:** This article presents thoughts on the concept of reading that José Martí exposed in the illustrated magazine *La Edad de Oro* (1889). For it, we

---

<sup>1</sup> El presente artículo recupera cuestiones abordadas mi tesis de Licenciatura en Letras (UNMDP), titulada “*La Edad de Oro* (1889): singularidad martiana de una revista ilustrada”, dirigida por la Dra. Mónica Elsa Scarano. Por otro lado, me gustaría agradecerle al Dr. David Fiel las lecturas sugeridas en el marco del seminario de posgrado “La cuestión del placer en Roland Barthes”.

will get back to the barthesian proposal about the concepts of *reader* and *reading*, which were present in a brief corpus of articles written by the French semiologist. In this supposedly-for-children magazine, the narrator presents themselves as a producer of meaning in two levels. The first one deals with a novel reader proposal, “the boys and girls of America” while the second contemplates the first person narration using the first grammatical person in the chronicle dedicated to the Exposition Universelle of 1889 in Paris. This text was the core article for the third issue of the magazine and it concealed very well the fact that Martí had never visited the French capital other than by means of reading others who did.

**Keywords:** *La Edad de Oro*, José Martí, Readers, Reading, Magazine.

## Presentación

“Es sobre esa lectura, irrespetuosa, porque interrumpe el texto, y a la vez queda prendada de él, al que retorna para nutrirse, sobre lo que intento escribir. Para escribir esa lectura, para que mi lectura se convierta, a su vez, en objeto de una nueva lectura.”

Roland Barthes

A excepción de breves intermitencias, José Martí vivió en Estados Unidos desde enero de 1880 hasta comienzos de 1895. Estos años coinciden con los últimos de su vida y también con la etapa de mayor madurez del escritor. La estadía en el país del Norte contribuyó a darle forma y consolidar su pensamiento hispanoamericano. Tanto es así que, durante este período, colaboró en numerosos periódicos de todo el continente –quizá la más saliente sea su participación en *La Nación* de Buenos Aires, aunque lo hizo también para otros diarios, como *La Opinión Nacional* de Caracas, *La Opinión Pública* de Montevideo, *El Partido Liberal* de México, sólo por mencionar algunos de ellos–.

En este marco, Martí fundó en 1889 *La Edad de Oro*, una revista mensual de tapas azules que inauguró en América una novedosa y moderna literatura, dirigida a los niños y jóvenes de habla hispana. Se publicó de julio a octubre de ese año y

contó con tan solo cuatro números, cada uno de ellos compuesto de treinta y dos páginas. En los meses de su publicación, el cubano, una de las más salientes figuras del Modernismo hispanoamericano, se ocupó tanto de la producción y selección de los textos e imágenes, como del proceso de impresión y de su distribución continental.

El presente artículo ofrece una reflexión en torno al concepto de lectura que José Martí propone en *La Edad de Oro* (1889). Para ello recuperaremos la propuesta barthesiana acerca de los conceptos de “lector” y “lectura”, presentes los breves artículos “Escribir la lectura” (*El susurro del lenguaje*, 1987) y “La lectura, el olvido” (*S/Z*, 2004), y fragmentos del libro *El placer del texto* (2014). En la revista presuntamente infantil, el narrador se presenta como productor de sentido en dos niveles. El primero versa sobre la propuesta de categoría de lector novedosa hasta ese momento: los niños y niñas de América. El segundo contempla la narración en primera persona en la crónica dedicada a la Exposición Universal de París de 1889, texto central del tercer número de la revista y lugar que, contrariamente a lo que el lector común pensaría, el escritor no visitó más que a partir de la lectura de otros textos de quienes sí viajaron y la recorrieron en persona.

## **“Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto”**

De la mano de las nuevas leyes de escolaridad obligatoria en varios países latinoamericanos, hacia las últimas décadas del siglo XIX, se produjo una expansión del público lector y un incremento en la producción bibliográfica, crecientemente diversificada, “que incluyó una serie de instrumentos de alfabetización, gramáticas, cartillas de lectura, mapas, alfabetos y manuales de enseñanza, así como revistas y periódicos” (Josiewicz, 2018: 58). En este contexto, fue necesario reflexionar sobre las nuevas clases de lectores que estaban formándose, de manera que los niños comenzaron a ser pensados como protagonistas del desarrollo de la cultura impresa. Hacia ellos fueron orientados una serie de textos y producciones literarias con proyección de una república futura que instale y refuerce los valores cívicos deseados para la comunidad. Desde la perspectiva del cubano, podría decirse que la literatura configura una herramienta de alfabetización y

una forma de iniciar a los más pequeños en la cultura letrada, además de construir un espacio de formación ciudadana que sea amigable con los hombres y mujeres del futuro. Por esta razón, *La Edad de Oro* se insertó prontamente en el mercado de las publicaciones periódicas que, en Estados Unidos, en el marco de la Ley Postal de 1794, permitía la distribución de revistas por correo a costos muy bajos. Sumado a esto, una serie de innovaciones tecnológicas en la industria del papel condujo una mejor distribución del material y a la incorporación de fotografías, grabados y litografías, algunas de ellas incluso a color.

No obstante, pese a ser muy criticado por sus contemporáneos al momento de salir a la luz la revista –dado que se trataba de un gran escritor dedicándose a los más pequeños–, también existieron importantes figuras de su época que resaltaron la importancia de la revista, no sólo por su valor artístico –que, como se ha mencionado, excedía la franja específica de los niños y jóvenes–, sino también por sus aportes educativos y humanísticos. Uno de los primeros en reaccionar a esta obra martiana fue el poeta y cronista mexicano, Manuel Gutiérrez Nájera, contemporáneo al cubano, quien dedicó una reseña pormenorizada sobre el primer número de la flamante revista. En ella explica que la reciente publicación produce un efecto que le recuerda al alba: “*La Edad de Oro* despierta”, señala. El poeta dedica una serie de páginas a elogiar el emprendimiento martiano desde diferentes enfoques, que ponderan, sobre todo, el tratamiento que ofrece el cubano a los futuros lectores, cuidando todos los detalles que comprenden desde su manera de comunicarlo hasta los aspectos considerados. Estas fueron las palabras publicadas por Gutiérrez Nájera en el Partido Liberal el 25 de septiembre de 1889:

Me acordé del alba porque he leído algunas páginas de alba: las páginas de *La Edad de Oro*, periódico que publica en Nueva York José Martí y que pronto estará a la venta en nuestras librerías. Es un periódico mensual para los niños, que a los niños instruye, mejor dicho, educa, y a los hombres, deleita. El trabajo que en él se emprende y cumple es el trabajo del alba: despertar. Pero, despertar suavemente, despertar besando... como ella. ¡Con qué timidez ha de tocarse la conciencia de un niño! ¡Con qué dulzura, con qué cuidado, con qué esmero, con qué escrúpulo se ha de entreabrir su entendimiento! ¡Que no caiga en él una gruesa gota de rocío porque la doble! ¡Que no soplen sobre las

alas de esa mariposa, porque el oro de esas alas se irá al rayo del Sol, como a su patria! El niño es pomito lleno, ¡pero muy lleno! de perfume...; llevadlo con nimia cautela, porque, al menor movimiento brusco, puede derramarse! ¡No déis al niño ideas, así como todavía no le dáis carne: ¡dadle vaho de ideas, para que no se condense en los cristales de su inteligencia, que todavía como el cristal limpio, da paso a toda la claridad! ¡No le habléis como el Sol habla a la Tierra, con calor, con fuego, de igual modo que Júpiter hablaba a los mortales con sus rayos: habladle como el alba le habla a la Naturaleza... y como La Edad de Oro habla a sus lectores pequeñuelos! (Nájera, 1995: 370-371).

El poeta y cronista contemporáneo, como puede observarse, elabora una crítica exhaustiva del primer número de la revista. La extensa analogía que esboza sobre el amanecer martiano traduce la voluntad de su ideólogo por ofrecer “a sus lectores pequeñuelos” el despertar cognitivo desde la cercanía, con extrema ternura y cautela. Gutiérrez Nájera encuentra esa forma de comunicación con los jóvenes sumamente enriquecedora en dos sentidos: el primero, asociado a que Martí evitó el tono añinado que se encontraba en otras revistas infantiles –como señala más adelante en la reseña<sup>2</sup>–. El segundo, porque, además, se muestra creativo en los asuntos que toma para los números: trabaja temáticas que están “por fuera” de la escuela, dice Gutiérrez Nájera –es decir, no resulta repetitivo–, y lo combina con otros que resulten entretenidos para su público.

El mexicano, asimismo, pondera la revista martiana como una obra que produce goce y enseña y, si bien su principal modelo de lectores serían los niños y jóvenes, se trata de una literatura que a los más grandes también cautiva. En este sentido, y en favor de la afirmación de Nájera, el crítico martiano Fernández Retamar

---

<sup>2</sup> Al respecto, Gutiérrez Nájera señala: “Comúnmente, los periódicos dedicados a los niños adolecen de incurable vulgaridad. Se hacen sus camaradas a ratos y a ratos sus profesores. Por aquí el figurín, para que a él ajusten su vestido, o más bien, para despertar su vanidad, para demostrarles en estampa que hay niños ricos y niños pobres; para convertir a los ricos en exigentes, y a los pobres en envidiosos; para empezar a desenvolver en ellos, amén de las pasiones frívolas, el disgusto de la vida. Por allá, la charada, que es la vagancia del entendimiento, la hora del recreo inútil, acullá la *fábula* que es la moral disfrazada de animal doméstico; a esa moral la acaricia el niño y se divierte con ella en los primeros años, como a un faldero, y después, cuando crece, le da un puntapié” (1995: 371).

apunta en su “Introducción” a La Edad de Oro que la revista puede ser leída como una obra para adultos, como si se tratara de textos de Andersen, Carroll, Tolstoy, Kipling o Saint-Exupéry (1999: 87).

La clave, lo que produce el disfrute de la lectura radica, para Gutiérrez Nájera, en el lenguaje que ofrece la voz enunciativa en los textos que componen la revista. El poeta lo señala de la siguiente manera:

¡Porque en todo hombre hay un niño que pregunta y a todo hombre habla La Edad De Oro, como a un niño y por eso le enseña! [...] Lo diré en una frase: se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios pero que habla como los niños. No es Hércules hilando a los pies de Onfalía: es Hércules jugando con la reina Mab.

Y no parece que escribe para los muchachos, como si temiera que los muchachos no supiesen leer aún. Parece que se los sube a las rodillas y que allí les habla. Los instruye, los educa, y para que no se vayan, para que estén contentos les da los mil juguetes primorosos que él sabe hacer con su palabra. Se olvida de que ha vivido (Gutiérrez Nájera, 1995: 346).

La preocupación del redactor, subrayada en la nota del mexicano, salta a la vista ya en el primer número: las ilustraciones coloridas, los numerosos grabados y la dedicatoria “A los niños de América” posicionan al nuevo sujeto lector en el centro de atención del escritor cubano. Con este objetivo, y tal como señala el mencionado poeta y cronista, José Martí “se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños” (Gutiérrez Nájera, 1995: 371). El cambio de perspectiva del escritor modernista convierte a La Edad de Oro en una revista dirigida a niños y jóvenes pero que disfrutaban de igual manera los mayores. Por esta razón, dice el mexicano, “Es un periódico mensual para los niños, que a los niños instruye, mejor dicho, educa, y a los hombres deleita” (Gutiérrez Nájera, 1995: 370).

Por intermedio de una carta enviada a su amigo Manuel Mercado, conocemos lo que significó para Martí esta revista. Así, en la misiva del 3 de agosto de 1889, comunicó a Mercado cómo percibe la recepción de la revista:

Veo por acá que ha caído en los corazones [...] Los que esperaban, con la excusable malignidad del hombre, verme por esta tentativa infantil, por debajo de lo que se creían obligados a ver en mí, han venido a decirme con su sorpresa más que con sus palabras, que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre (Martí, 1946, 60).

Asimismo, en última carta que envía a su hija María Mantilla, el 9 de abril de 1895, José Martí le sugiere que, según los conocimientos de francés que le ha enseñado a la niña, traduzca un libro y, seguidamente, recomienda otra lectura simultánea a la traducción. Lo interesante es revisar de qué manera define esta segunda lectura y cómo podría traducirse en ella el efecto que el escritor desea para *La Edad de Oro*. Escribe Martí:

Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas –aunque no por supuesto a la misma hora– leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estás traduciendo, *La Edad de Oro* (Martí 1975, 147).

Como se puede observar, el pasaje de la misiva nos propone reflexionar acerca de la importancia de la lectura para el escritor cubano. El hecho de pensar en una revista para los niños supone considerar a los más chicos desde un enfoque diferente al dominante en la época y propone una nueva categoría de lector. Esto, sumado a los consejos que envía a su hija, nos permite pensar en un lector atento, activo y que requiere de entrenamiento. Por esta razón, nos interesa recuperar la propuesta del semiólogo francés en el apartado de su libro *S/Z* dedicado a la lectura:

Leer no es un gesto parásito, complemento reactivo de la escritura que adornamos con todos los prestigios de la creación y de la anterioridad. Es un trabajo (por esto sería mejor hablar de un acto lexeológico, o incluso lexeográfico,

puesto que también escribo mi lectura), y el método de este trabajo es topológico: no estoy oculto en el texto, sólo que no se me puede localizar en él: mi tarea consiste en mover, trasladar sistemas cuya investigación no se detiene ni en el texto ni en “mí”: operatoriamente, los sentidos que encuentro no son comprobados por “mí” ni por otros, sino por su marca *sistemática*: no hay más *prueba* de una lectura que la calidad y la resistencia de su sistemática: en otras palabras, que su funcionamiento. En efecto, leer es un trabajo de lenguaje. Leer es encontrar sentidos, y encontrar sentidos es designarlos, pero esos sentidos designados son llevados hacia otros nombres: los nombres se llaman, se reúnen y su agrupación exige ser designada de nuevo: designo, nombro, renombro; así pasa el texto: es una nominación en devenir, una aproximación inalcanzable, un trabajo metonímico (Barthes, 2004: 7).

Resulta llamativo de qué manera, con tan sólo cuatro ejemplares, Martí fue construyendo una nueva concepción del trabajo con los niños, haciendo especial hincapié en la comunicación con ellos, o “hablando como los niños”, en palabras de Gutiérrez Nájera. Atendió a la musicalidad del lenguaje, completó los textos con las láminas que los acompañaban, siempre conservando un tono conversacional que, como señala Arias en una entrevista a propósito de los 120 años de La Edad de Oro, “sin ser elegante ni rebuscado, facilitaba la comunicación” (Domínguez Rojas). El espacio textual que resultaba más propicio a la conversación para la voz enunciativa de la revista es la sección ubicada al final de cada volumen, titulado: “La última página”. Ya en el primer número, lo presenta como “el cuarto de confianza” de La Edad de Oro, espacio que el autor enuncia como “donde conversaremos como si estuviésemos en familia” (Martí, 2010: 34).

Como se ha mencionado con anterioridad, uno de los aspectos más modernos y novedosos de la revista es la decisión de dirigir su proyecto de escritura a un nuevo público: los niños. Se ocupa de este grupo de lectores privilegiando la formación de las próximas generaciones, constituidas en función del americanismo y en relación, principalmente, con la modernidad. En “La primera página”, el autor manifiesta por qué dedica cada uno de los números “A los niños que lean La Edad de Oro”:



Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso, aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante: el niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres (Martí, 2010: 2).

Además de expresar su concepción acerca de la infancia y asignarles roles a las niñas y los niños, Martí en este fragmento se dedica a manifestar cuál será el tratamiento de la información que circule en las páginas de la revista –“con palabras claras y con láminas finas–, para lo cual debe prestar especial atención a los cuidados editoriales, de contenido y estilo que requiere la singularidad de su público. La publicación mensual, según esta breve presentación, se concibe como una “conversación” con las futuras generaciones. Esta relación dialogada es transversal a los cuatro números existentes y se da en dos planos. El primero, que podríamos llamar “literario” –en el sentido de “retórico”, presente por ejemplo en la incorporación del plural mayestático en el sujeto de la enunciación–, y otro que asociado al “metadiscurso”, observable en las respuestas a cartas u opiniones de lectores que el escritor intercala en sus crónicas. Es interesante recuperar, sobre este punto, la imagen que Roland Barthes ofrece acerca de la relación escritor-lector. Dice al respecto en *El placer del texto*: “Sobre la escena del texto no hay rampa: no hay detrás del texto alguien activo (el escritor), ni delante alguien pasivo (el lector); no hay un sujeto y un objeto” (Barthes, 2004: 27). Resulta muy elocuente el punto de vista que propone el semiólogo francés porque resuena en la propuesta de lectores y lectoras que José Martí orienta en *La Edad de Oro*. La instancia del intercambio –ya sea ficcional o mediante cartas y réplicas de lectores– permite configurar una relación que supone el ejercicio de una participación activa por parte del escritor y, sobre todo, de los lectores de la revista. Por último, resta señalar que el hecho de

que su escritura esté dirigida al público más joven conduce a pensar en cómo José Martí concibe la revista de manera orgánica e integradora y de qué modo problematiza, de manera crítica, el imaginario americano. Se trata de una cosmovisión que interpela a los niños y niñas de América hacia el compromiso por construir(se) un mejor futuro.

### **“Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora”**

Conviene recordar que la totalidad de las composiciones de La Edad de Oro, conformadas por poesías, cuentos, ensayos y breves relatos, son obra de José Martí. Dan cuenta del grado de compromiso que tuvo con la revista también las traducciones que figuran de Laboulaye –“Meñique” y “El camarón encantado”–, Andersen –en su versión libre de “Los dos ruiseñores”–, Emerson –“Cada uno a su oficio”– y Helen Hunt Jackson –“Los dos príncipes”–. En la revista predomina su redactor, José Martí, quien construye una figura del sujeto de la enunciación que comunica a sus lectores los valores del humanismo e idealismo martianos. En los textos se remarca la importancia de la infancia, la justicia, la honradez, la educación, el amor, la amistad, la dignidad, como tantos otros aspectos ponderables en la época como, por ejemplo, aquellos ligados a la pujanza del mundo moderno. Todos son núcleos temáticos abordados en la revista: seleccionados, recortados y propuestos por un sujeto que organiza el texto, inscribiéndose en él.

Hemos resaltado de qué manera el escritor cubano ubica en el centro de la escena una nueva categoría de lector, los niños. Ahora bien, el segundo eje de este trabajo se vincula con la composición central del tercer número de la revista: “La exposición de París”. En este artículo, se muestra el tratamiento diferenciado que Martí ofrece a su peculiar público y quizás sea esta la razón que explique que sea el texto que más trascendió por fuera de la revista y también el más trabajado por la crítica. El cronista describe cómo se desarrolló en la Francia de 1889, al cumplirse el centenario de la toma de la Bastilla, la mayor muestra de progreso moderno. La exposición consistió en la presentación de avances científicos y técnicos con fines publicitarios y comerciales. El artículo martiano no sólo ocupa un lugar privilegiado en la tercera revista –ubicado en el centro del tomo y con mayor extensión que

el resto— sino que está acompañado por un elevado número de grabados —un total de dieciocho ilustraciones—.

En estas páginas, además de mostrar las atractivas ilustraciones, la voz enunciativa de la crónica se incluye en el relato e invita a los niños a que lo acompañen en un recorrido de lectura a participar del mayor espectáculo de la modernidad, como veremos a continuación en los fragmentos seleccionados:

Y eso vamos a ver ahora, como si lo tuviésemos delante de los ojos. Vamos a la Exposición, a esta visita que se están haciendo las razas humanas. Vamos a ver en un mismo jardín los árboles de todos los pueblos de la tierra (...) Y para nosotros, los niños, hay un palacio de juguetes, y un teatro donde están como vivos el pícaro Barba Azul y la linda Caperucita Roja” (Martí, 2010: 79).

Y ahora nos juntaremos, el hombre de *La Edad de Oro* y sus amiguitos, y todos en coro, cogidos de la mano, les daremos gracias con el corazón, gracias como de hermano, a las hermosas señoras y nobles caballeros que han tenido el cariño de decir que *La Edad de Oro* es buena (Martí, 2010: 142).

Es frecuente, como podemos observar, la metáfora del narrador de “tomar de la mano” a los niños y niñas que lo acompañen, desde la lectura, en el recorrido de las páginas. Se pronuncia, además, por momentos, como otro niño ávido por conocer el mundo que muestra *La Edad de Oro*.

Señalamos que Martí establece un recorrido de lectura; ahora bien, este camino no lo traza únicamente en relación con el público que recibe la revista, sino también porque él mismo no ha participado de la Exposición sino a partir de la lectura de la Revista de la Exposición Universal de París (1889), un volumen de quinientas setenta y seis páginas que contó con numerosos colaboradores, como Dumas hijo, Maupaussant, Renan y otros, y que se supone que fue conocida por Martí en su versión original francesa, ya que de ahí provienen algunos grabados y litografías incluidos en *La Edad de Oro* (Fernández Retamar, 1999: 98).

El segundo aspecto a considerar, en la dedicatoria que escribe Martí al primer número es el énfasis que pone en la comunicación entre la revista y su joven público lector:

Cuando un niño quiera saber algo que no esté en *La Edad de Oro*, escribanos como si nos hubiera conocido siempre, que nosotros le contestaremos. No importa que la carta venga con faltas de ortografía. Lo que importa es que el niño quiera saber. Y si la carta está bien escrita, la publicaremos en nuestro correo con la firma al pie, para que se sepa que es niño que vale. Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían. Por eso *La Edad de Oro* va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que se conozca de veras que es suyo, recibirá un buen premio de libros, y diez ejemplares del número de *La Edad de Oro* en que se publique su composición, que será sobre cosas de su edad, para que puedan escribirla bien, porque para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho. Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros (Martí, 2010: 2).

El cubano propone a los niños y niñas que escriban cartas para consultar aquello que quieran conocer, para participar de una competencia de escritura que se propuso llevar a cabo cada seis meses y que finalmente no se concretó.

También en relación con este evento, en “La galería de las máquinas”, nota publicada en el cuarto y último número de la revista, Martí hace referencia a las cartas recibidas por su público una vez leído el artículo sobre la Exposición Universal, debido a que muchos de ellos pensaban que el escrito era producto de su visita personal. Sin embargo, el autor señaló:

Una señora buena le armó una trampa al hombre de *La Edad de Oro*. Iban hablando del artículo, y ella le dijo: “Yo he estado en París.” “¡Ah, señora, qué vergüenza entonces! ¡qué habrá dicho del artículo!” “No: yo he estado en París, porque he leído su artículo.” Y otro señor bueno, que está en París, dice “que a él lo engañan, que *La Edad de Oro* estuvo en París sin que él la viera, porque él se pasaba la vida en la Exposición y todo lo que había en la Exposición que ver está en *La Edad de Oro* (José Martí, 2010: 141).

En este fragmento se puede observar de qué manera Martí supo dar cuenta de la lectura de un lugar que no visitó personalmente, pero de una manera tal que

quienes tampoco participaron sintieran que estuvieron allí, y quienes efectivamente estuvieron, garanticen la veracidad de su testimonio. Asimismo, el poeta cubano revela otra opinión de “la señora buena” donde señala que, para la mayor claridad y comprensión de los niños, en la revista faltó un grabado, ilustración que sería añadida junto con la anécdota del redactor y dos de sus lectores en “La Galería de las Máquinas”. Por esa razón, el mencionado artículo es un brevísimo relato que el autor agregó como respuesta al pedido de su público lector.

La incorporación del contrapunto entre el autor y sus lectores es otra de las formas de demostrar de qué manera Martí supo concebir la literatura como una co-construcción llevada a cabo a partir de hechos de la realidad y representativa de la imagen cultural del mundo en su época, basada fundamentalmente, en el diálogo. Esta estrategia de sostener una interacción con los lectores permite el ingreso de diferentes voces que contribuyen en la construcción del imaginario martiano de *La Edad de Oro*. A partir de la reflexión que se suscita en las cartas de los lectores ofrece, además, un espacio abierto a la discusión, la crítica y la formulación de diferentes opiniones. La recursividad de la lectura, podríamos decir, pone a funcionar la escritura y nos permite encontrarnos con que esa voz enunciadora que se aproxima al texto es ya una pluralidad de otros textos, “de códigos infinitos, o más exactamente perdidos (cuyo origen se pierde)” (Barthes, 2004: 6). Sucede con la crónica dedicada a la Exposición Universal, que José Martí escribe como si hubiese recorrido los pabellones, pero con la ayuda de variadas fuentes y materiales, entre los que se encontraban la revista oficial del evento, testimonios orales de amigos y conocidos que visitaron la exposición, además de impresiones y comentarios publicados en algunos periódicos de los Estados Unidos y de Latinoamérica.

## Últimas consideraciones

A modo de conclusión sería interesante recuperar el epígrafe propuesto para el artículo. La lectura martiana, en los niveles y tramas que hemos esbozado brevemente es, en palabras de Barthes, “una lectura irrespetuosa” porque irrumpe el texto. Irrumpe con una nueva categoría de lectores –y la excede, convirtiéndose en un texto para niños, jóvenes y también adultos–, irrumpe en su forma de traducir a los clásicos –los resignifica, los piensa en el espacio latinoamericano, los distancia

del original y se los apropia-, irrumpe en la forma de narrar su propia experiencia de lectura y lo traduce en lo que parece la simulación de una experiencia vivida como propia (todos creímos que visitó La Exposición de París). En definitiva, Martí, como podría decir Barthes, escribe una lectura para que “se convierta, a su vez, en objeto de una nueva lectura” (1987: 39).

## Bibliografía

- Arias, Salvador (2011). *Glosando La Edad de Oro*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- (1989). *Acerca de 'La Edad de Oro'*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Barthes, Roland (2014). *El placer del texto y Lección inaugural*. Buenos Aires: Alfaguara.
- (2004). "La lectura, el olvido". *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XX editores, 6-7.
- (1987). "Escribir la lectura". *El susurro del lenguaje*. Buenos Aires: Paidós, 39-44.
- Domínguez Rojas, Rachel (2010). "Entrevista con Salvador Arias: *La Edad de Oro* en sus 120 años". La Habana: revista digital "La Jiribilla". Disponible en: [http://www.lajiribilla.co.cu/2009/n431\\_08.html](http://www.lajiribilla.co.cu/2009/n431_08.html) [Consultado 1/08/19]
- Gutiérrez Nájera, Manuel (1995). *Obras. Tomo I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*. México: Editorial Universidad Nacional Autónoma de México.
- Josiowicz, Alejandra (2018). *La cruzada de los niños. Intelectuales, infancia y modernidad literaria en América Latina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Martí, José (2010). *La Edad de Oro. La Habana: Centro de Estudios Martianos*.
- (2001) [1889]. *La exposición de París*. Edición crítica. Investigación, presentación, estudio valorativo y notas de Salvador Arias. La Habana: Centro de estudios martianos.
- (1999). *La Edad de Oro*. Edición crítica a cargo de Roberto Fernández Retamar. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1975). "Carta a María Mantilla. 25 marzo de 1895". *Obras Completas. Epistolario. Tomo 5*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 216- 217.